

# El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50  
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Lagar núm. 5.

NÚM. 169

Sevilla—Martes 28 de Julio de 1903

AÑO XXVII

## El mitin del sábado

Con una concurrencia inmensa se verificó el mitin ideado por algunos correccionarios para ofrecer al caudillo, señor Salmerón, el testimonio de entusiasta satisfacción por el acto realizado en el Congreso al interpretar tan admirablemente los sentimientos de la opinión en la famosa catilinaria lanzada contra el régimen, y que quedó incontestada.

Se leyó una carta de Costa, en que, después de rebatir victoriosamente y del modo tan admirable que el gran políglota y el gran patriota sabe hacerlo, concluye excitando al castigo de los culpables, que dibujó con caracteres imperecederos é imborrables el Sr. Salmerón en su admirable discurso, presentándolos al pueblo, á ese pueblo á quien hoy Costa le excita á la reparación para que sea hombre, realizando el acto reparador y justiciero que el honor demanda, en esta forma:

*“Por esa ingénita cobardía y flojedad moral de que venimos dando tan vergonzosas señales, sobre todo desde hace cinco años; por no haber tenido nunca la cantidad de alma necesaria para una política de hierro, masculina, tal como aquella que armó el brazo del verdugo inglés en White Hall en 1649; como aquella que congregó á los franceses en torno al cadalso de la Concordia en 1793; como aquella que ha promulgado la repulsiva tragedia de Belgrado en 1903; porque no supimos en 1763, ni en 1814, ni en 1820, ensayar un escarmiento en reos coronados, culpables de alta traición ó de atentado contra la seguridad y la vida del Estado; porque no somos un pueblo de hombres, y ni siquiera de mujeres; ¡porque somos un pueblo de eunucos!*

*A los que, por fin, se avergüencen de haberlo sido, y formen propósito de enmienda, dirijo hoy, con el corazón angustiado y estremecido de ira y de pena, esta excitación: “Acordáos de Vara de Rey! ¡Acordáos de Villaamil y de Cadarso! ¡Y que la mano se mueva, que el puño se alce obediente á este recuerdo!”*

*Saluda á ustedes cariñosamente su amigo.*

JOAQUÍN COSTA.

Los españoles que se estimen en algo más, y que se consideren dignos de un papel más varonil que el de los mutilados guardadores de este harén imperial de las grandes felonías, de las grandes traiciones, del servil rebajamiento á que nos han conducido los que se atrevieron á entregar la nación á los norteamericanos, que el Sr. Salmerón puso de manifiesto en el siguiente párrafo de su hermoso discurso, que dice así:

*“Manifestación hecha por los ministros de la regencia, que desean la paz si con la paz pueden salvar la dinastía; prefieren las probabilidades de una guerra, con la segura pérdida de Cuba, al destronamiento de la dinastía.”*

Y que remachó en este otro:

*“Intime usted la rendición á la plaza. He pactado con Madrid los preliminares de la paz, que se basa en la rendición. Santiago de Cuba se rendirá guardando las formas de honor con un simulacro de combate.”*

Los refuerzos que esperan llegarán cuando no sea tiempo de resistir. Estad tranquilos; proponed la rendición, que aun con el ejército enfermo, entraréis triunfantes. Cumplid estas órdenes al pie de la letra.”

Bastaba y sobraba con la transcrito para que el mitin tuviera una importancia extraordinaria.

Pero el mitin ha significado algo más: que el partido republicano está dispuesto

y preparado para ir á todas partes, y que, así como Maura perdió las elecciones de diputados á Cortes, por la abstención de los neutros, como dice el periódico que cuenta hoy con un ministro y un director general, y por esto lo dice, si esos neutros no se abstienen y votan, entonces triunfaremos mejor; y si García Alix y Lacierva, preferido de Caserta y gobernador suyo, se lanzan á la violencia ó apelan á los medios reprobados de acudir á la matonería, ¡ay de ellos!

En Madrid no se puede hacer impunemente lo que cualquier cacique murciano se atreve á realizar en su provincia.

Los diez mil republicanos que acudieron al mitin, multiplicados por cuatro, irán á las urnas á derrotar al gobierno, y muy preparados y apercebidos á enseñar á los matones de oficio lo que valen la razón, el honor y la convicción de los hombres que luchan por ideas; y al gobierno cómo se contrarresta la violencia de la fuerza asalariada y sicaria con el empuje de los ciudadanos, dispuestos á redimirse de todos modos, ó por el voto ó por la fuerza, si el sufragio se mixtifica.

A. A.

## Murmuraciones

Los autores de *El Trueno Gordo*, revista teatral política cáustica, Sres. Perrin y Palacio, han sido procesados, quedando en libertad provisional.

Como si dijéramos: á las resultas. Dichos señores pueden aprovechar el tiempo de vacaciones y de proceso, y buscarse el desquite, ó el desprocesamiento, escribiendo *El Trueno Flaco*.

También han tomado declaración á los señores que componían la mesa presidencial del mitin celebrado en Madrid el día de Santiago el batallador, el que bajó, montado en su caballo blanco, á ganarnos la batalla de Clavijo. (Este Clavijo no es de la Algaba, la patria de todos los Clavijos.)

Se asegura que será llamado á declarar el Sr. D. Joaquín Costa, como autor de la carta revolucionaria que ha puesto en vilo á Villaverde, y por ende á las instituciones monárquicas del país.

Por un telegrama de la agencia de Mencheta sabemos que el Sr. Costa no se ha dado por ofendido, y que se ratificará en lo dicho publicando otro nuevo documento.

Y vean ustedes por dónde el ministerio de veranillo que nos han formado se sabe ya la misión que trae al poder, que no es otra que la de perseguir á los republicanos hasta dejarlos á todos en poder de los jueces de guardia.

Y aquí va á suceder, de dos cosas una: O matan muchos republicanos, O aumentan el número de jueces.

Villaverde, el antiguo republicano federal, se ha propuesto no dejar en la península con vida nada más que á aquellos que digan ¡viva Caserta!

Todos los demás... á la cárcel.

Yo soy uno de todos los demás.

Pero, señor, ¿otra vez?

Quiero decir: ¿otra vez voy á tener que visitar la cárcel, cuando en ella no tiene uno ningún amigo?

Hoy se está celebrando en la Catedral de Sevilla las honras fúnebres para pedirle al Ser Supremo que el alma del Papa muerto entre por la puerta grande de la Gloria.

¿Luego aquello de la infalibilidad era una impostura?

Ha podido equivocarse.

Ha podido pecar.

Ha podido ser destinado á las calderas de Pero Botero.

Total: uno como nosotros.

Á las honras susodichas asiste el Ayuntamiento de la ciudad, no sé si en clase de católico suelto, ó en clase de católico que paga el gasto.

Ya nos enteraremos.

Á los curas no les importa un pitillo la salvación del Santo Padre, porque los he visto por la calle paseándose como si tal cosa.

Como estos dolores son á sueldo, al que no cobra maldito si le duele.

Un empresario de un teatro de Barcelona, en medio de una función se adelantó hacia el público en el escenario y dijo que la guerra que le hacía cierto periódico de aquella ciudad era motivada porque el crítico de espectáculos le había pedido dinero y él no se lo había querido dar.

El crítico susodicho se ha querellado contra el empresario.

Esa es una tontería del crítico.

El está en su derecho al pedir, como el empresario lo está al negar.

Esos negocios son un pacto signalamático conmutativo-bilateral que celebran dos negociantes.

El que explota el teatro y el que explota la prensa.

Y no hay que echarle tierra al asunto.

Toda la vida de Dios ha sucedido lo mismo, y sucederá.

Lo mismo aquí que en París y en todas partes.

Se ha perdido una princesa de la casa de Sajonia:

acababa de casarse con una real persona,

y, cansada de sufrirla,

se fué por el mundo sola....

Es joven, rubia y bonita.

(No tiene nada de tonta.)

Á fuerza de mucho rogar y de mucho suplicar, el Consejo del Banco de España ha accedido á que figure como Director de dicho establecimiento el exgobernador de Madrid, Sr. Sánchez Guerra.

Le ha costado más trabajo á este señor alcanzar ese cargo que le cuesta á un infeliz coger una credencial de guarda de Consumos.

Oigamos lo que acerca de esto dice *El País*:

“El caso del Sr. Sánchez es de lo más asombroso que puede citarse en los anales de la mendicidad de destinos públicos; quiso ser ministro, y por poco hace imposible la constitución del ministerio; quiso ser gobernador del Banco, y protestaron hasta los porteros de las sucursales; quiso quedarse de gobernador de Madrid, y le pusieron el veto, y en lugar de marcharse á su casa, como hubiera hecho cualquiera persona de cutis delicado, se agarró á Villaverde y á García Alix, como el naufrago á la tabla, y á fuerza de suplicar y doblar el espinazo, ha conseguido que entre los dos prohombres le metan á la fuerza en el Gobierno del Banco, al que irá tan tranquilo como si no hubiera pasado nada, y dispuesto á soportar las caras de perro que le pondrán los consejeros que han hecho todo lo posible por no tenerle en su compañía.”

Como caso de frescura, ese es de lo más inaudito que puede darse, y si la suerte se consuma, con eso sólo habrá para hacer famoso al Sr. Sánchez, que ya había ganado antes la fama por muchos y muy diversos motivos.”

Á Córdoba la hizo célebre, en los tiempos pasados, el sabio Séneca.

En los tiempos modernos la hará célebre el impertérrito Sánchez Guerra.

Acérrimo maurista.

Algunos republicanos se quejan de que se hayan puesto en juego ciertos manejos para poner obstáculos al censo republicano de Sevilla, sembrando la duda en aquellas personas que no están al corriente de las luchas políticas de la localidad.

Los que producen la queja achacan á manejos jesuíticos el que ciertas personas desocupadas siembren la cizaña en el campo republicano.

No hay tal cosa.

Los que en esas cuestiones se ocupan nos consta que no obedecen á manejos jesuíticos, porque su historia y su consecuencia les abonan. Obedecen únicamente á su característica peculiar de no estar conforme más que con sí propios.

Desatiendan los republicanos de buena fe esos consejos gratis é inscribanse en el censo con la clasificación que quieran dentro del campo de la República.

Seamos cautos una vez, y vayamos dando de lado á esos eternos conmutativos que quieren una república para cuatro personas, y que, no siendo malos, por obcecación y envidia tratan de ejercer de Torquemada con el federalismo por delante.

Para bautizar el chiquillo, ó para dedi-

carlo á un oficio, primero hay que parirlo.

Luego que vea la luz, será lo que deba ser, y no lo que quieran que sean los cuatro ilusos que todo lo entorpecen.

¡La intransigencia! ¡Siempre la intransigencia!

La levadura federalista es más mala que la levadura carlista.

Porque los carlistas, al menos, se conciertan entre sí y obedecen á sus jefes.

Pero éstos, no.

Cuando en toda España, incluso en Barcelona, patria del federalismo, todos los republicanos se unen en una misma familia, cada cual con su significación y con sus organismos interiores, en la única ciudad donde no hay tal organismo interior, se trata de desunir so pretextos fútiles que no tienen más base que el capricho de cuatro jefes sin soldados.

El anillo del Pescador, ó sea del Padre Santo, se ha perdido en el Vaticano.

Un escritor que entiende de estas cosas, dice:

“Este lo escamoteó un vivo, con intenciones aviesas de falsario, á fin de sellar con él los documentos apócrifos que convengan á su interés ó al de su partido, que bien pudiera ser la Compañía de Jesús.”

Bueno; pero... la última compañía de Jesús.

Esto es: Dimas y Gesta.

Hay que distinguir de compañía como el lego del cuento.

Este telegrama que pongo á continuación es de *El Noticiero*:

“Madrid 27, 21-25.—Por contrariedades amorosas se ha suicidado en la calle Berengena, disparándose un tiro en la barbilla, un sugeto llamado José López.”

¿Un tiro en la barbilla?

¿Qué parte del cuerpo será esa?

También es verdad que eso ha sucedido en la calle Berengena.

Y en una calle que se llama Berengena no puede darse uno un tiro en la barba.

Tiene que ser en la barbilla.

Carlos del Río pregunta, desde Madrid, en *El Liberal* de Sevilla:

“Pero ¿qué hacéis en Sevilla con vuestros tísicos?”

Enterrarlos, hombre.

¿Se había usted creído que los poníamos de muestra en la Plaza Nueva?

Y sigue diciendo dicho señor:

“Ya que no os da pena de abandonarlos á la muerte, ¿cómo no os aterroriza á los sanos su contagio? Ignoráis acaso que la tisis es una plaga en vuestros corrales, en vuestras viejas casucas sin aire, sin luz y sin espacio para tanto pobre vecino? Vivís tan abandonadamente, que ni siquiera dáis importancia al hecho, tan asombroso para los de fuera, de la ciudad más riante, más alegre y dichosa de Andalucía, con la entraña roída por la tuberculosis.”

Cualquiera que lea esto, dirá:

—Este Carlos del Río vivirá en Madrid en su palacio de la Moncloa, y cree que todo el monte es orégano.

Pero si se entera que Carlos del Río vivirá en Madrid, como yo si fuera, en un sotabanco ó casi sotabanco, ó peor que sotabanco, porque la cosa ni el oficio da para más, se echará á reír.

¿Dónde vamos á vivir, Carlos?

¿No sabes que el jornal es corto, las necesidades muchas y el alquiler muy caro?

—¡Moriréis tísicos!—me dirá.

Si... ¡Y tú vas á morir hecho un Villaverde!

Y es que Carlos del Río, como vive en Madrid, y en Madrid son las calles anchas —las que lo son— se pasea por ellas y se cree que está paseándose por su alcoba.

Si señor. Moriremos tísicos ó no tísicos.

¿Cada uno se muere de lo que *pued*!

Yo me moriría de arzobispo si pudiera.

Y apropósito de *El Liberal* y *El Noticiero*, que son los últimos en que me he ocupado:

¿Cuándo váis á acabar esa disputa sobre la empresa de aguas, ó sobre quién de los dos defiende más los intereses de Sevilla?

¿Ustedes creen que nos la van á dar por boca de títere?

Aquí, y allí, y en todas partes, cada uno defiende aquello que le conviene.

*El Noticiero* defiende, y tiene razón, los intereses de Mencheta.

*El Liberal*, los intereses que le competen a su empresa.

D. Cecilio, los garbanos de su puero.

Y yo, lo mismo.

¡Qué manía de darla de redentor de los demás cuando uno no se puede redimir a sí propio!

Telegrama importantísimo:

Madrid 27, 20-40.—El gobernador, señor Lacierva, se propone concluir con la plaga de mendigos que sufre Madrid, constituyendo una molestia continua para los transeúntes.

¡Adiós, mi dinero!

Pues va a tener que prohibir Lacierva que vayan trenes con pasajeros a Madrid. Porque de cien viajeros que llegan, noventa son mendigos.

CARRASQUILLA.

## Salmerón y su obra

Han transcurrido algunos días desde que Salmerón pronunció su famoso discurso en el Congreso, y aún conservo viva y latente la impresión de entusiasmo, y al mismo tiempo de fervor casi religioso, con que escuché su inagotable palabra.

Con el ademán majestuoso de un titán, parecía arrancar de la Historia las grandes vergüenzas de la monarquía para arrojarlas como moles abrumadoras sobre los representantes de las instituciones que, ocultando su anonadamiento con una forzada nerviosidad, escuchaban silenciosos. Su cuerpo enjuto y fuerte de árabe, vibraba como hoja de acero a impulsos de la convicción y de la fiebre oratoria; un nimbo de vivo resplandor parecía flotar sobre su frente al reflejarse los rayos de luz en la pulida superficie de su cráneo rojizo, cápsula ósea que sirve de capilla a uno de los primeros pensamientos de nuestra época; y brillaban sus ojos, esos ojos africanos de pupila obscura que parece desbordarse esparciendo su negrura por la córnea, y en los cuales centellean en ciertos momentos, como estrellas lejanas, las chispas reveladoras de una voluntad ardiente.

¿Qué dijo? Su discurso fué de crítica contra lo existente, atroz, duro, pero justiciero. Salmerón no había vuelto al Congreso desde la catástrofe, cuando en el desconcierto de la desgracia é involucre de los hechos, no era posible depurar ni exigir responsabilidades. Pero ahora, al entrar de nuevo en la representación nacional, lo hizo como acusador, sentando dos afirmaciones que Silvela, con todos sus chistes de almanaque de pared, no pudo desvanecer.

“La monarquía, para salvarse, sacrificó los intereses de España y buscó una paz deshonrosa para las armas españolas, que fueron vencidas, más que por los enemigos, por la traición de los gobernantes monárquicos y el egoísmo de las instituciones.”

“La monarquía es incompatible con la dignidad y la seguridad de la patria.”

—No ha dicho nada Salmerón—gritaban al día siguiente los monárquicos.—Es un discurso más; ni ha formulado un programa, ni ha hecho afirmaciones de valor político.

La misma indignación con que fué acogido el discurso por los monárquicos de todos los colores demuestra que el golpe contra la monarquía fué certero é hizo daño.

Recuerdo las palabras del ingenioso Mariano de Cavia la misma noche del discurso.

—¿Cómo ha estado D. Nicolás?—preguntó a un diputado monárquico.

—Muy mal: largo, difuso y vociferador. Hasta estuvo flojo de palabra el que es un tribuno tan eminente.

—Pues como republicano me doy la enhorabuena—contestó Cavia.—Me encantó cuando los monárquicos decís que Salmerón ha estado muy bien de palabra. Encontrándolo mal, tengo la certeza de que habrá cumplido con su deber.

Así es. La mejor prueba de lo que fué el discurso del eminente tribuno está en la indignación con que lo acogieron los monárquicos.

—Salmerón no tiene programa—gritan todos ellos, sabiendo que el republicanismo español ha estado moribundo durante

algunos años de una *programitis* aguda, y deseando piadosamente que volvamos a los tiempos de programitas, fracciones y guerras intestinas, para continuar tranquilamente algunos años más usando y abusando del país.

Salmerón y el partido republicano tienen programa, ó sea una serie de afirmaciones generales que pueden implantarse al día siguiente del triunfo de la República, diríjala quien la dirija, y que bastan por sí solas para cambiar la faz de la nación. Y aunque no tuviéramos programa, ¿qué sucedería por esto? ¿Deberíamos ahorcarnos los republicanos? ¿Nos podrían negar los monárquicos el derecho a la existencia?

“Queremos la muerte de toda la organización política actual, seguros de que, lo que venga después de la revolución, por malo que sea, resultará mejor que lo existente.” Esto es todo un programa y no hay republicano que no esté conforme con él. Ya ven, pues, los monárquicos cómo esa petición de un programa republicano, que maldito lo que puede importarnos, ya que son enemigos de la República, no desconcierta nuestras filas ni debilita los ataques demoleedores que Salmerón asestó al régimen.

Los que llevamos muchos años de campaña política, conociendo la organización de nuestros correligionarios en toda España, jamás hemos visto un periodo de tanta fuerza y entusiasmo como el presente. En ciudades clericales de Castilla y el Norte, donde jamás había sonado la palabra *República*, se dan mítins y se forman comités; cada semana se funda un nuevo periódico republicano; distritos que siempre habían sido feudos del caciquismo luchan y envían al Congreso correligionarios nuestros; se recoge dinero para la República, y dinero llega de todos los extremos del país; esto sin contar con las adhesiones que recibe Salmerón, cada vez más numerosas, de elementos que, por su posición especial, tienen que mantener el entusiasmo en el secreto más absoluto, hasta que llegue un momento decisivo.

Hace un año los republicanos de todas las provincias volvían los ojos a nosotros, exclamando: “Si toda España fuese como Valencia,” y ahora España entera es como Valencia y tal vez ¡ay! mucho mejor.

No digo yo que este milagro, realizado en menos de un año, sea obra de Salmerón. Es obra del entusiasmo de la España democrática, que está preparada para la República y que latía oculto, esperando ocasión para exteriorizarse con fulminante rapidez. Pero en torno de la imponente figura de Salmerón se concentra y toma forma esta fuerza inmensa, sometándose a su dirección, que hasta ahora marcha de éxito en éxito.

Salmerón se ha marcado un camino y lo sigue sin vacilaciones.

No es de los que necesitan ser empujados para cumplir su deber. No es de los egoístas que toman la política como un fin personal, y después de pronunciar un buen discurso creen que lo han hecho todo; ni tampoco de los que, viéndolo en la altura, juzgan que hay que permanecer quietos, viviendo “en el mejor de los mundos posibles.”

Con toda su grandeza de orador y de filósofo, pertenece a la familia de los ilustres sublimes que se acuestan todas las noches esperando que en la semana siguiente será la revolución, y en la que figuramos lo mismo grandes que pequeños.

Lo que más me atrae de él, por encima de sus grandezas intelectuales, es su voluntad firmísima en la rebelión armada, su deseo vehemente por la revolución, que le hace abandonar la lectura del último libro de filosofía publicado por Félix Alcán, para recibir la misteriosa visita de cualquier militar dispuesto a sacrificarse por la República. Nada hay para él imposible ni penoso si se trata de proporcionar un nuevo elemento a la revolución. El, tan grande y de pensamiento tan vigoroso y clarividente en las cuestiones importantes, es de una credulidad casi infantil cuando le domina el entusiasmo. Yo le he visto dar la mano y halagar con una gracia, impropia de su gravedad de carácter, a generales que despreciaba en el fondo con sobrado fundamento. Si le dijeran a Salmerón que en el sitio de peor fama de

Madrid estaba el hombre capaz de sacar un regimiento a la calle por la República, allí iría a buscarle sin vacilación, a la salida de la Universidad Central, después de una de sus explicaciones de alta filosofía.

Lo que más encanto ejerce en quien le oye es su fe. Conforme avanza en la vejez es más enérgico, más revolucionario, más práctico. El político de hoy se diferencia mucho del que hace quince años, como el catedrático de filosofía de ahora vale más que aquel Salmerón que aún no había vivido en el gran foco intelectual de París.

Con el último apretón de manos, al despedirme de él, me infundió gran fe en el porvenir del partido republicano.

—Los partidos monárquicos están deshechos—me dijo con su voz vibrante de grave metal, que parece dar a las palabras la majestuosa dureza del bronce.—España no tiene otro porvenir que la República y la opinión viene con nosotros. Las próximas elecciones municipales decidirán la batalla que hemos iniciado con un triunfo en las elecciones de diputados. Pudiera ser que de aquí a entonces ocurriese algo inesperado; pero aunque así no fuese, pues en ciertas cosas no puede procederse con precipitación, nos bastará con ganar las elecciones municipales. En la pasada lucha hemos triunfado en casi todas las capitales de provincia. Los votos de los pueblecillos de las circunscripciones son los que han impedido que triunfasen los republicanos en Sevilla, Badajoz, Salamanca y otros puntos. Las ciudades han votado a los republicanos. Ahora es lógico esperar que en las elecciones municipales triunfemos y que aparezcan dos ó tres mil poblaciones de España con ayuntamientos republicanos. Figúrese usted qué efecto producirá ver que son republicanos en su mayoría los ayuntamientos de Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Valladolid, etc.; en una palabra, de todas las grandes capitales y además de miles de pueblos. No hay gobierno que se atreva a suspender de una plumada a todos los ayuntamientos de la nación; y vivir la monarquía con los municipios de España en poder de los republicanos, es difícil y expuesto a conflictos mortales para ella.

BLASCO IBÁÑEZ.

## DOBLE HIGIENE

Haciendo una excursión por los pueblos de Santander—por los pueblos pequeños—para ver de cerca el país, sus pequeñas industrias, sus grandes fábricas también, su trabajo del campo, etc., he leído en un periódico de Torrelavega, la idea, verdaderamente regeneradora de hacer una suscripción para crear una escuela moderna de primera enseñanza, con pedagogía europea.

Recientemente en la misma población se ha realizado un empréstito de 500.000 pesetas para la obra de higiene y saneamiento (conducción de aguas, alcantarillado, etc.). Ahora ese mismo pueblo proyecta modificar su plan educativo.

El orden que sigue para transformarse es el más acertado y lógico. Allí dicen, como en los países civilizados ya:—“Hagamos hombres y después haremos corazones.”

Sobre que la mayoría de las ciudades españolas, incluso Madrid, viven, respecto de higiene, como las ciudades asiáticas, con relación a cultura y educación del espíritu viven también indignamente. No se preocuparán ni los Ayuntamientos, ni las diputaciones, de acometer obras, derribando barrios inmundos y apestados, arbolando la ciudad y sus afueras, conduciendo aguas potables, con cuya labor resolverían las clases altas, sin perder nada, la temible cuestión obrera; pero tampoco se preocupan de la detestable enseñanza nacional, yendo de una vez y valientemente contra el Estado, a quien le tiene cuenta este arte de enseñar para someter. La verdadera obra revolucionaria es esa, si queremos acabar con esta situación de burla y escarnio: reunámonos en grupos, sacrifiquemos todos los meses una peseta, un duro, lo que cada hombre de buena voluntad puede sustraer a sus necesidades, y hagamos en cada pueblo una escuela nueva. Quitemos ese dinero de todas las cosas, hasta de las que parezcan santas: de la caridad inclusive. Si es preciso, no demos lo limosna, no compremos el periódico, no escribamos la cartas a la familia... cualquier cosa, todo esfuerzo, para llevar una perra chica más a la suscripción con que se ha de sostener la escuela moderna.

Pensando bien, en todas las capitales y en todas las villas puede prender el ejemplo de Torrelavega. No es costoso; puede realizarse con más facilidades, con menos contrariedades que la formación de un comité. Además esta nueva propaganda hacia la patria nueva, debiera ser el primer capítulo del programa republicano. Si esos partidos van seriamente hacia la transformación del país, revolucionando su corazón y su cerebro, no tienen más remedio que escribir a sus partidarios diciéndoles:

—Se acabó la antigua fórmula del comité. Lo primero que hará el partido en cada población será constituirse en un grupo que aporte dinero para crear inmediatamente una escuela, la europea, en competencia superior con las estúpidas escuelas del Estado. Una escuela bien preparada de higiene, de método, de maestro, que sea atrayente, alegre; que tenga el poder de llevar a sí a los niños de nuestros enemigos en ideas. Y ese mismo ha de ocuparse inmediatamente también en hacer folletos y hojas que hablen de higiene, con estadísticas, con ejemplos comparativos, citando la bárbara mortalidad de nuestros pueblos, algunos de los cuales se parecen a Bombay, y mostrando el milagro de la ciencia y de la administración alemanas que han logrado reducir la mortalidad al 9 por 100....

Este ha de ser indiscutiblemente el gran artículo del programa político de un partido que quiera profundamente remover la patria en el menor tiempo posible. A partir de ahí, todo; sin partir de ahí, nada.

Me induce a esta creencia, tan cerrada, la idea que he tomado a través de las aldeas, junto al carro de hierba, comiendo en el rincón de la taberna y sacando la impresión de los hombres por sus afares y por su conversación. Se necesita formar esas escuelas en las ciudades y en las villas, para, al cabo de poco tiempo, obtener maestros jóvenes que lleven la semilla a los pueblos rurales. Y necesita un partido hacer estas escuelas porque solo al cabo de cuatro años la generalidad de las gentes verá las ventajas de esta enseñanza en sus hijos, y creará un poco en el partido que ofrece en su programa un porvenir mejor.

Y el salto que se dé así para conquistar el poder es un salto seguro sobre el que no habrá que volver nunca. Se nos sumarán gentes y más gentes, porque un partido que se llame «El partido de la Enseñanza y de la Higiene» no puede ser sospechoso ni odiado por la gente de buena voluntad, so pena de que este país sea el más miserable de la tierra.

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

## Por el mundo de la cocina

No hace muchos días, en casa de Weber, me refirieron una chispeante anécdota, de la que es protagonista el duque de Grammont.

Entre la gente de buen paladar se celebra la succulenta cocina del acaudalado magnate, cuya magnificencia proclaman los millones de luises que anualmente emplea en la cría de faisanes en sus posesiones.

Francia, como es ya sabido, pero no estará de más repetirlo, va a la cabeza del mundo en cuanto a arte culinario. Los gastrónomos más exigentes pueden satisfacer su gusto, por la delicadeza exquisita y la variedad ingeniosa de los manjares que aquí se presentan. Hay restaurantes de alto copete en París, unos famosos por el *canard á la renonnaise*; otros, célebres por las sopas al *homard*, etc., a los cuales van los sibaritas de grandes recursos en romería. Ese sí que es el verdadero culto del paladar que tuviera por clásico devoto a Pantagruel. Los entendidos dicen que en Francia se eclipsan hoy las maravillas culinarias de Roma, y eso que allí eran muchas. Leed, si no, el convite de Trimalquío, en el *Satyricon* de Petronio.

Recientemente, en el castillo del duque de Grammont, se dió un convite de diez cubiertos, y los comensales eran *gourmets* de los más relamidos y entendidos. El dueño de la casa se propuso dispensarles una acogida fastuosa.

Encargó una comida de las más exquisitas; bajó él mismo a la bodega, y eso que no lo tenía por costumbre; buscó allí uno de sus mejores caldos y dijo al jefe de la cocina:

—Tome este añejo *Chambertin* para ponerlo en la salsa. Esta será mucho mejor con él, ¿verdad?

Vistióse y bajó en seguida á la cocina